

E

L almirante Hy-
mar Rickover, de
82 años de edad,
considerado el
padre de la ma-
rina nuclear nor-
teamericana, ha
dejado su cargo
luego de haber
botado 121 sub-

marinos, desde los primeros Polaris hasta el sofisticado submarino nuclear Ohio. El almirante se retiró, luego de pronunciar su último discurso ante el Congreso norteamericano, en el que criticó duramente los programas de armamento, especialmente los nucleares, así como a las multinacionales que dominan el mercado de armas mundial, al que acusó de presionar al Ejecutivo y a los gobiernos de los principales países para obtener mayores beneficios, con graves riesgos de la paz.

De este modo, uno de los responsables (quizá el máximo) de la defensa de los Estados Unidos, entonó su *mea culpa* y se desvinculó de la carrera armamentista. No es la primera vez que el inventor se arrepiente de su invento. Ya constituye casi una tradición que los padres de los inventos más poderosos e influyentes de este

siglo, como la bomba atómica o la televisión, procuren desvincularse de aquello que ellos mismos crearon o contribuyeron a inventar, aterrados por el uso que la sociedad ha hecho de esos productos. El invento es libre, parecen decirnos, pero es esclavo el uso que hacemos de él.

El extraordinario escritor mexicano Juan José Arreola lo sintetizaba de este modo: los hombres corrompen, por uso indebido, aquéllas cosas que en principio debían responder a sus necesidades (se refería, concretamente, al uso exagerado y superfluo del teléfono, que ha terminado por incomunicarnos).

El inventor de la bomba atómica renegó de su creación y sintió horror del uso que los hombres podía darle; hace poco, los cables de agencias nos transmitían la noticia de que el anciano inventor de la televisión vivía casi aislado en un humilde pueblecito, y se negaba a tener televisión: él había concebido el aparato para enriquecer la vida social y cultural de la gente, no para embrutecerla o aislarla. Einstein dedicó los diez últimos años de su vida no a perfeccionar sus teorías o a ampliar sus descubrimientos en el campo de la energía nuclear, sino a luchar

ahincadamente día a día, por la supresión de los ejércitos y del armamento, como únicas medidas eficaces para garantizar la paz.

Parece claro que los inventos escapan de los planes y proyectos de sus inventores, y se disparan hacia otros fines y aplicaciones que aquellos ya no pueden controlar. Los inventores están anonadados ante las consecuencias de unos inventos, puros en sus orígenes, pero terriblemente contaminados en la práctica por los intereses en juego, que los convierten muchas veces en lo opuesto de aquello para lo que fueron concebidos.

Así la energía atómica, que podría ser la fuente maravillosa de aprovisionamiento del futuro, es la sombra pavorosa del holocausto (lo mismo da si total o parcial) de la humanidad; la televisión, medio idóneo para educar y entretener, para librar del aislamiento y la comunicación a millones de seres, se ha convertido en el principal agente de alienación de nuestros días.

Cuando un inventor se arrepiente de su invento, es el uso que hacemos de él lo que pone en tela de juicio, ya que ni el teléfono, ni la televisión, ni la energía nuclear son en sí mismos buenos o malos; en todo caso, llevan en sí



El nombre de Michelin se asocia en todo el mundo al de un neumático de primera calidad, duradero, fiable, seguro. Lo que se dice una gran marca, un gran nombre. Por eso, a la hora de comprar neumáticos, no diga: "Cámbieme las ruedas". Diga: "Quiero que me pongan Michelin".

LOS INVENTORES ARREPENTIDOS

CRISTINA PERI ROSSI

la posibilidad del buen o mal uso y nos hacemos responsables de esa elección. Que la mayor parte de los inventores renieguen de aquello que inventaron es un juicio definitivo acerca de que hemos elegido el peor.

No es posible —en el terreno de las hipótesis probables, no de las utopías más o menos reaccionarias, a fuerza de regresivas— imaginar un mundo sin los objetos que ellos inventaron. Pero la sociedad que los premió con prestigio, elogios, fama y dinero cuando sus investigadores o intuiciones geniales dieron fruto, es enormemente hipócrita: aplaude al inventor, aplaude el invento y de inmediato se inicia la carrera de los intereses y de la rentabilidad, alejada de cualquier norma que no sea el beneficio. De ahí el desencanto —el arrepentimiento— de quienes concibieron el producto. (El invento no se transforma en *producto* hasta que las grandes multinacionales no lo convierten en eso, fomentando necesidades artificiales o adaptándonos a ellas).

Hay otras formas menos públicas del arrepentimiento; menos públicas que Einstein disertando tenazmente acerca de la necesidad de eliminar el servicio militar, ante un público de jóvenes universitarios, o confesando,

atribuladamente, que escribió una carta a Roosevelt recordándole los peligros del empleo de la bomba atómica; menos dramáticas, quizá, que el anciano inventor de la televisión, viviendo olvidado en un pueblecito y rechazando el «monstruoso aparato» que él creó.

Hace un par de años, conocí en Deyá a un físico norteamericano huido de la base Kennedy. Vivía en una vieja masía, sin electricidad. Su pavor ante los aparatos mecánicos y cualquier fuente de energía era tal que escapaba de las casas vecinas cuando alguien encendía la luz o usaba una afeitadora eléctrica. Había participado en las pruebas de varios reactores atómicos, en el desierto de Oklahoma, y sus nervios no resistieron la posibilidad de un holocausto. *Neurosis de guerra*, fue el

cómodo y desvinculante diagnóstico que los psiquiatras hicieron de él. Algunos creían que se curaba, bajo los lípidos ciclos de Deyá, entre los parterres de flores y el rumor de los cencerros, al atardecer. *No se curaba*: a la luz del día, por la mañana, y a la luz de una vela, por la noche, escribía un libro: un terrible alegato contra las armas atómicas y los experimentos nucleares. Le fue difícil conseguir editor, en EE.UU.: el Pentágono se había encargado de hacer llegar a todas partes el diagnóstico: *neurosis de guerra*.

Es posible que ahora se diga que Hyman Rickover sufre de arterioesclerosis de la misma manera que se han ocultado los últimos escritos de Einstein. Los inventores, seguramente, han aprendido una amarga lección. ■

Pídalos por su nombre



Porque a Vd. le pueden montar en su coche cualquier neumático, quizá algo más barato, quizá con un poco de descuento. Pero siempre saldrá ganando si le montan neumáticos con un gran nombre: MICHELIN.

Concrete su petición, pídalos por su nombre.

MICHELIN

